

## Tendencias antisistema de la derecha española

En España últimamente ha medrado una nueva especie política: la del periodista metido a político o la del político fracasado que, sin título ni fundamento, dice que hace de periodista cuando, tanto el uno como el otro, se dedican a la tunda política arrabalera mayormente contra la izquierda.

A ambos, al periodista-político o al político-periodista, les mueven las más de las veces un resentimiento bilioso y el deseo de venganza personal para desquitarse de supuestos agravios que otros les causaron en el pasado. Su hambre de revancha es tan desmesurada que para saciarla no dudan en pontificar sobre lo que no conocen, en mentir con descaro, en ocultar lo inconveniente y en insinuar con alevosía lo que no están en condiciones de demostrar. Ya forman en nuestro país una gran familia, una gran tropa diríamos, numerosa aunque bastante monótona a juzgar por lo que dicen y escriben.

Leer a uno de ellos es como leerlos a todos. No sólo repiten los temas y los argumentos sino que, además, se calcan los chistes y hasta los adjetivos que son, como diría el gramático, la parte más personal de la escritura. No tenemos nada en contra de que un periodista se meta en política, pero si lo hace que no se contrarie si después se le juzga con arreglo a las normas del juego político. Y lo mismo vale para el político fracasado que pretende seguir conectado al respirador de la política con una nueva pátina, la de periodista, con la que no engaña más que al ingenuo o al convencido.

Dado que estos señores juzgan con puño de hierro sin atender a procedimientos y sin sujetarse a ninguna regla moral, que no esperen ser tratados como porcelana china cuando sean juzgados. Que no confundan la buena educación y la prudencia de aquellos a los que ofenden o engañan con la debilidad o la blandura de espíritu y, por encima de todo, que sepan que la paciencia tiene un límite que está a punto de ser rebasado.

Hay que decir que esta nueva especie es muy vocinglera y faltona, y que cuando es sorprendida traficando con el error y el engaño, cosa que ocurre muy a menudo, pierde gas con rapidez y se esconde cobardemente bajo las enaguas de la honorabilidad del que ejerce un oficio, el periodismo, al que en verdad desprecia diariamente con su ejemplo.

Algo parecido le ocurre a un pariente cercano a esta nueva especie: el cura que se mete en política. El caso del páter que risca por las quebradas de la *res publica* está mucho más acreditado en nuestra historia hasta el punto que puede decirse, sin temor a fallo, que forma parte de nuestro anómalo paisaje nacional entristecido de tiempo en tiempo por la negrura de los propósitos y de los sentimientos de los de siempre. El cura que es pillado con las manos en la masa política reacciona igual que el periodista metido en faenas políticas o que el político que va de periodista: disimula su último y verdadero propósito con lo que tiene más a mano, la sobriedad de una sotana o la rigidez de un alzacuellos que, aún en nuestro país, para bochorno general, otorgan para no pocos un plus de autoridad.

Si rastreáramos en las biografías de los periodistas travestidos de políticos o en la de los políticos travestidos de periodistas, veríamos que se repite con singular frecuencia una misma semblanza personal: en cierto momento, hace algunos años, sus ambiciones políticas se truncaron y la culpa de que esto ocurriera siempre la tuvo un tercero al que habrá que perseguir hasta el final de los tiempos. No importa si ellos mismos eran mediocres, codiciosos, inconsistentes o torpes cuando soñaron lo imposible. Lo relevante, según su opinión, es que

fueron tratados vilmente y que el supuesto perjuicio que se les causó no prescribe. Con el paso del tiempo el culpable de sus infortunios se ha transmutado en una ideología y su causa personal en una causa general, cosa imposible de creer si advertimos lo misántropos y avinagrados que son sus promotores. De un modo falaz pero exitoso han convertido a sus enemigos privados en enemigos públicos. Ciertos de ellos, incluso, nos han salido muy astutos porque han sido capaces de transfigurar sus arrebatos y pendencias en un oficio muy lucrativo que, además, les ha reportado relumbrón y poder inmerecidos. En fin, todo señala a que sus maniobras de acoso, que ya constituyen en ellos un modo de existencia, no van a concluir en mucho tiempo.

Hemos de decirles a estos señores que sus cuitas personales nos importan un bledo, que sus impulsos vengativos son miserables y que no tienen ningún derecho a mentirnos y manipularnos. Sus ambiciones individuales no nos interesan y no debemos permitirles que arruinen la convivencia general sólo por dar gusto a su descontento, porque la causa fraudulenta que amparan abarca en estos momentos no sólo la denuncia de toda una ideología sino la destrucción de la razón, la decencia y la verdad.

Es sumamente curioso que muchos de los que así actúan defienden hoy lo contrario de lo que sostenían ayer sin haber cambiado el fanatismo de su convicción, ejemplo claro de que las experiencias de la vida les han servido de poco porque al final se encuentran como al principio: persuadidos de que siempre les acompañó la razón aunque sus propias vidas sean una impugnación completa a esta certeza.

En el pasado algunos de ellos solían dar lecciones de pureza ideológica situándose en una izquierda imposible o infantil, condenando al disidente al fuego eterno; hoy, en cambio, buscan la demolición de la izquierda y dan lecciones de ortodoxia ideológica a la derecha después de haber leído algún breviario neoconservador o tras haber estudiado, como aplicados fámulos, las andanzas de algún predicador de las ondas condenado por los jueces. Han cambiado su opinión sobre cualquier tema en muy pocos años y lo han hecho sin avergonzarse ni pedir disculpas, como correspondería a quienes antes se erigieron en guardianes de unas esencias ya abandonadas y hoy se proclaman inquisidores generales de dogmas opuestos. En lo que no han cambiado estos perjuros del pensamiento es en su intolerancia. Ayer, cuando defendían la llegada inminente de la sociedad sin clases, tenían razón; hoy, cuando sostienen que la sociedad clasista es un regalo del cielo, también la tienen. Ayer clamaban por la igualdad material del género humano; hoy reivindican la desigualdad como fuente de virtudes. Sin embargo, mirándolo bien, además de su intransigencia han mantenido otro punto fijo en su pensamiento: siempre criticaron a la izquierda, antes desde un izquierdismo lunático y pueril y ahora desde una derecha radical y peligrosa. Estos inquisidores de las ideas se suman hoy a la derecha tradicional. No sé cómo considera la derecha española de siempre a estos advenedizos, pero lo que es seguro es que en EEUU sus homólogos consiguieron identificar el camino correcto para que la derecha conquistara de manera muy firme la hegemonía cultural y el poder político.

En esta nueva especie están los que se mofan del cambio climático, que son también los que se ríen del hambre en el mundo, que coinciden además en que no hay que regular las finanzas internacionales, que sostienen por otra parte que el Estado debe abandonar a su suerte a los más desfavorecidos, que compadrecan con las nuevas formas del autoritarismo, que vocean que la política está podrida y que fabulan sobre conspiraciones increíbles deslegitimando a las autoridades y a las instituciones democráticas que tienen la obligación de hacer cumplir la ley. Y todo para vengarse de los que consideran herederos de sus fracasos personales.

Estos nuevos aprendices de brujo son muchos y disciplinados, y además exhiben un gran talento y mayor perseverancia para intoxicar el lenguaje y envenenar cualquier tema político que tocan. Su paradigma es la FOX de Rupert Murdoch, ejemplo mundial de tergiversación, mentira y manipulación ultraderechista. Además, muchos de ellos se lo deben todo a Aznar (que, no olvidemos decirlo, es asalariado de Murdoch a razón de unos 150.000 euros anuales) y a Esperanza Aguirre, políticos que les concedieron a dedo las licencias oportunas para emitir su propaganda a escala global. El PP les regaló el espacio para difundir sus patrañas y a eso se dedican desde entonces, día y noche, laborables y festivos, verano e invierno, porque su objetivo es arrasar a la izquierda, derribar gobiernos y provocar la involución de los valores de la sociedad española. En suma, *neocons* en estado puro con algunos ingredientes de derechismo patrio.

Es verdad que estos periodistas travestidos de políticos no son brillantes. Pero no es menos cierto que no les hace falta. Juegan con la ventaja de ser hijos del intervencionismo mediático de la derecha y de estar bajo su patronazgo. Los poderosos de siempre les brindaron tribunas muy principales. Y por si con ellas no bastara, aprovechan con descaro los resortes que proporciona internet para estar activos allí donde haya alguien que quiera escuchar sus proclamas atrabiliarias. Aunque se denominen gentes de orden se acercan peligrosamente a los antisistema, pero en contra del sistema democrático y de las libertades ciudadanas. No deberíamos tomarlos a broma.

**Emilio Alvarado Pérez**  
**13 de octubre de 2009**